

Espejos de Palazuelos

LAS DIVAS ITALIANAS

Dannunzianas demoradas en suntuosidades, egocéntricas lánguidas que descansaban en robustos divanes, las divas creían que el cine era el arte de contemplar a la mujer. Ellas llevaron al público de 1914 un nuevo escitofrío mediante un erotismo de gran salón en cuya espesura escenográfica, formada por palmeras enanas y asfixiantes cortinados, las bellezas lechosas daban cuenta de los pálidos húsaes y de los cínicos condes de acuerdo con las personalidades amorosas que las distinguían. Por ejemplo, Pina Menicelli, llamada la Tigresa Real, era según Ado Kyrou, una mujer fatal que sembraba el luto entre los hombres y su cabellera imperfecta, su aire desdoblado, la ruindad de su mirada, hacían de ella la mujer peligrosa por excelencia. La más famosa, Francesca Bertini, frecuentó el film "psicológico-mundano" constituyendo "Espiritismo", bajo la dirección de Camilo de Riso, el más exitoso del cine italiano de la época. Mario Gromo ha dicho que la Bertini tenía un perfil sensual de camaleón y una voluntad enérgica y desafiante, por lo que la prima donna aparte del halago público fue cantada por el infalible D'Annunzio y por uno que otro versificador español, entre ellos por Arturo L. Casterares cuando le requiebra "Yo, el obscuro bohemio y el poeta desde la más recóndita luneta será quien más te ama y más te admira". De acuerdo a Juan Manuel Torres, si la Bertini encarnaba el mito de la mujer-amor, Lyda Borelli fue la mujer-sexo. Ella enloquecía a la plaza masculina y con "sólo su magnífico cuerpo pudo expresar, casi sin necesitar la voz, toda una rica variedad de emociones", pero lamentablemente, para las generaciones posteriores, al casarse en 1918 ordenó retirar del mercado las copias de sus films. Venidas todas de la vampa danesa Theda Bara, el star system decayó luego en Italia, imponiéndose a la belleza considerada con fines personales, de acuerdo a la sentencia surrealista, un nuevo perfilado que se inauguró con el sexappeal como estereotipo. De la mujer fatal se pasó a la virgen. (G. M.).



Iowa City, November 5th,
1968. (01, 15 hrs.)

¹Es como si viejos fantasmas ya desvanecidos hace tiempo, volvieran a aparecer reunidos en un solo haz de horror. O mejor, aún, es como si todos esos viejos fantasmas menores le hubiesen cedido su vigor a ese viejo y sempiterno fantasma que es el miedo indeterminado; el terror recurrente; el sentimiento de culpa no muy bien definido (o disfrazado de sentido del deber, orden, etc.).

Pero ahora puede describirlo (aunque sólo sea por un instante y de manera muy sumaria): La sensación incómoda y medrosa que me produce el estar despierto y lúcido a estas horas de la noche, mientras mi familia duerme.

Tal como me sentía cuando era estudiante de leyes y permanecía la noche entera leyendo o escribiendo, pese a que sabía que al día siguiente no podría levantarme para ir a clases. Y entonces por la mañana vendrían los insultos, los gritos y amenazas de mi padre, e incluso la violencia (a menudo). Pero en ese tiempo, disfrutaba sin límites del placer de la lectura de cualquier novela que cayera a mis manos, de cualquier libro que no fuese relacionado con Derecho.

Ahora ni siquiera sé que libro será capaz de entretenerme. Lo peor es que mi estado de ánimo es más trágicamente real que esa "melancolía" que aquejaba a los románticos como el joven Werther u otros, que al menos tenían fuerzas para vagabundear.

Iowa City, domingo 10 de noviembre de 1968 (13 hrs.)

MEMENTO: El coro de los P.P. Franceses: las miradas hacia los costados cuando alguien desafinaba. El padre Felipe dirigiendo exageradamente. El recuerdo que aún tengo de! Unas ex discipulis...

24 - XI - 1968

Traspasar esos límites visiblemente oscuros. Allí donde se detiene todo acto. Moverme más allá de estos esporádicos impulsos que terminan en el absoluto reposo.

Cuando me pienso de siete u ocho años. Solo en un escritorio en semipenumbra. (El escritorio de la casa de una tía abuela). Puedo revivir toda sensación. Es casi de orden matemático la precisión con que puedo reproducir el tacto del tomo del "Tesoro de la Juventud" (edición anterior a 1920) que mutiló viciousamente encantado, doblando cuidadosamente el cuadrado que he separado con un cortaplumas. El mismo cortaplumas que me sirve para continuar desarmando el reloj de bolsillo que me deslumbra con su inexplicable mecanismo salpicado de oscuros rubies. Aquí me detengo comparativamente: El fracaso en la extracción de todos esos diminutos granos rojos enquistados porfiadamente en el acero me anima a seguir desarmando cada vez con mayor cuidado, aunque con creciente brío, ese reloj que no me pertenece. Tampoco me pertenecía el libro mutilado. Pero ahora que guardo algunas de sus hojas en mis bolsillos mi inquietud está satisfecha. (Más tarde me levanto para ir al baño, y allí, sentado en el water, desdoble las páginas amorosamente y leo de prisa una historia de Caballeros y de Duendes, de Reyes y de Encantamientos, ribeteada de grecas de cabalístico dibujo: la emoción placentera casi insuportable que vivo es un producto puro de la visión de esas ilustraciones. Pero no resisto más y cuando mayor es el placer, cuando

mi satisfacción va en crescendo, doblo apresuradamente las hojas y vuelvo a guardarlas con cautela). (Hay una fotografía de esa época: estoy sentado en un banco de la Alameda. Pantalón corto, brazos cruzados. Cara de intensa soledad y desencanto).

24 - XI - 1968

El camino está detrás de los árboles. Distinguir la multiplicidad de troncos casi iguales constituye una especie de revelación: me doy cuenta que hasta ese instante mi subjetividad había desaparecido por completo durante esas cinco horas transcurridas en mi cuarto y los primeros instantes de paisaje interrumpidos por mi imagen reflejada en el atrabiliario espejo descolgado con impaciencia desde la pared del baño, y ahora recortando en absurdo rectángulo un pedazo de bosque ocupado por mis ojos y mi barba. Y más atrás mi hija y luego más árboles y cielo. Dos cielos confundidos. Ambos irreales. O no tanto como mis rasgos. Especialmente la transparencia de mi propia mirada que me pierde en una duda sin respuesta. ¿Desde dónde me contemplo? ¿Desde qué punto geométrico parte ese impulso vivo que es mi pensamiento, detenido por mi presencia reflejada como imagen?

Entonces desaparezo. Llegan los árboles. Los oscurecidos pinos de la costa que parecen ola terrestre. Es como si al olvidarme a mí mismo, me recordara súbitamente. Un golpe de historia propia. Total. Dinámica pero factible de ser representada en el contenido de una foto que podría ser película. Recuperó el tiempo, el sentido del tiempo.

Empieza a dolerme como si se hubiera muerto. Hasta que me doy cuenta que estoy sufriendo con mi propia muerte. Rechazo la superposición de la imagen de la portada de "Cumbres Borrascosas" que leía mi madre cuando yo debo haber tenido cuatro o cinco años. Sin embargo, la realidad es ineludible. Yo tengo cinco años y mi madre ya no me importa. La he perdido por un acto que no recuerdo haber cometido ni tampoco sé en qué consiste. La he perdido para siempre. (En este mismo paisaje). ¿A quién he perdido?

¿Hasta cuando desperdiciaré mi tiempo? Hasta encontrar ese equilibrio y esa "generosidad" de que tanto hemos hablado con Roberto.

Hasta que encuentre una razón moral en la cual apoyar mi deseo y no sentir culpa. ¿Qué culpa, Dios mío?

29 - XI - 1968

Me pierdo en mi propia mirada. Simétrica en su destino.

Releyendo "AURA" de Carlos Fuentes, Versión inglesa. Notable. Notable.

(escuchando los estudios de Chopin: op. 10 y op. 25).

Además: ¡Qué tristeza más maravillosa!
Es la "tristeza" que "no" es "angustia".

JUAN AGUSTIN PALAZUELOS

¹N. de la R.: Juan Agustín Palazuelos nació en Santiago en 1936 y publicó las novelas "Según el Orden del Tiempo" (Zig-Zag, 1962) y "Es muy temprano para Santiago" (Zig-Zag, 1965). Falleció el año pasado, víctima de una súbita enfermedad, a poco de haber regresado de Estados Unidos, donde estuvo becado en el Taller de Escritores de Iowa. Los pasajes que se publican de su diario de vida pertenecen a dicho período.